

Que esa pérfida mujer
De ofenderte algún mortal.
Desventurado de aquel
Que osare...!

Vict. ¡Elena!

Ger. Te llaman.

Vuela: no tardes, no des
Que sospechar...

Elena. ¡Justo Dios!

ESCENA IX

DON GERARDO

¡Oh! Yo apagaré mi sed
De venganza en el infame...

ESCENA X

DON GERARDO, EL CONDE

Conde. (No la puedo convencer.

(Entrando.)

Será preciso que yo
Me explique con el marqués.
Sepamos... ¡Hola! ¡Lacayo! —
¿Hablo yo con la pared?

Ger. ¿Qué me queréis?

Conde. ¿Ha venido

El futuro?

Ger. No lo sé.

ESCENA XI

CONDE

¿Qué es esto? ¡Hasta un lacayuelo
Con altivez me responde!
¡Eh! no sabrá que soy conde
Como mi padre y mi abuelo.
Habrá tal vez los desvíos
De su señora observado.
Y á fuer de leal criado...
Otro tanto hacen los míos.
Al que pongo buena cara
Reciben con reverencia;
Al que no, con insolencia,
Y en los ojos la mampara. —
Todo me sale al revés
En esta ciudad maldita
Como soy, que ya me irrita...
¡Oh! Bien venido, marqués.

ESCENA XII

EL CONDE, EL MARQUÉS

Marq. ¡Conde! Vuélveme á abrazar.

Conde. Bien; mis brazos no te niego.
Un abrazo ahora... Luego

Nos iremos á matar.

Marq. ¡Matarnos! ¿Estás en ti?

Conde. Sí; ven, mi sangre derrama
Ya que me usurpas la dama.

Yo soy tu rival.

Marq. ¿Tú?

Conde. Sí.

Seis meses há que idolatro

Á mi bella granadina.

Marq. ¿Será cierto? ¡Á Victorina!

Conde. Como dos y dos son cuatro.

Reñimos..., no sé por qué,

Ni ella lo sabe tampoco;

Pero siempre como un loco

La he querido y la querré.

Hoy, que no pensaba en ella,

Por tu culpa aquí los dos

Nos vemos, y vive Dios,

Que nunca ha sido más bella.

¡Nunca!... En fin, marqués, ni quiero

Ser de tu boda testigo,

Ni se ha de casar contigo

Si no me matas primero.

Marq. En verdad, conde, aunque mucho

Me sorprende esta aventura,

Compadezco tu locura,

Y sin cólera te escucho.

No es ciega una pasión

La que me inspira tu dama.

¡Jamás en amante llama

Arderá mi corazón!

Amé por desgracia mía

Á una liviana hermosura

Que dió pago á mi ternura

Con la más negra falsía.

Yo en la ausencia la adoraba

Aun más rendido, más firme,

Y en tanto ni de escribirme

La pérfida se dignaba.

De su traición convencido

Mis cadenas quebranté,

Y condenarla juré

Al desprecio y al olvido.

No le mereció mi amor

Que disculpara mi ofensa.

¿Qué mucho si la defensa

Olvidaba de su honor?

Á Sevilla destinado,

No tardo, amigo, en saber

ESCENA XIII

EL CONDE, VICTORINA, EL MARQUÉS

Vict. Perdonadme. El tocador
Seriamente me ocupaba,
Que toda novia es esclava
Del ¿cómo estará mejor?

Marq. Siempre estáis incomparable.

Conde. Sí; siempre. Tiene razón.

Vict. (¡Ah! Siento una agitación...)

Mil gracias. Sois muy amable.

Marq. Sin adornos exteriores

Que á las feas no embellecen

Vuestros encantos merecen

El trono de los amores.

Vict. Excusad...

Marq. ¿Quién no celebra

Ese sonreír gracioso...?

Conde. ¡Hombre...!

(En voz baja.)

Marq. Ese talle donoso

Conde. (¡Vive Dios, que la requiebra!)

Vict. Sois galante, y veis en mí

Gracias...

Marq. Que existen, señora.

Dígalos quien os adora;

Dígalos el conde.

Conde. (Eso sí.)

Vict. ¡Qué decis!

Marq. ¿Á qué os turbáis?

Sabed que no se me esconde

El amor que os tiene el conde. —

Vos también quizá le amáis.

Vict. ¡Conde! (No sé dónde estoy.)

Marq. Yo no soy ningún tirano,

Y si preferís su mano,

Libre seréis desde hoy.

Vict. Yo... si...

Conde. No tengo una vena

Con gota de sangre ahora.

ESCENA XIV

EL MARQUÉS, VICTORINA, EL CONDE,
DON GERARDO, ELENA

Ger. El escribano...

Elena. Señora...

*(Llega por diferente puerta con un abanico
que da á Victorina.)*

¡Ah! ¡Gabriel!

(Reconciando al marqués.)

Su deshonra ha consumado.
Huyó de su casa un día.
Un mes ha que falta de ella,
Y en vano buscan su huella
Que á eterno oprobio la guía.

Á pesar de su traición,

Aun su funesta beldad

No merecida piedad

Recuerda mi corazón.

Casarme al fin determino

Para olvidarla mejor,

Bien que no pueda otro amor

Hallar de mi alma el camino.

Veo á Victorina bella,

Y su trato me asegura

Que han de labrar mi ventura

Las prendas que admiro en ella;

Y pues merece mi aprecio

Ya que amor ardiente no...

Conde. ¡Eso es! ¡Linda flemma! ¡Y yo

La idolatro como un necio!

¡Es mucha suerte la mía!

Tú sin haberlo pensado

Heredas un marquesado,

Y das de baja á una tía.

Yo con esperanza igual

Aquí vengo en diligencia;

Y en lugar de rica herencia

Dios me depara un rival.

Tú sin amor te confiesas

Y á Victorina mereces,

Y yo la juro mil veces

Que la adoro, y ¡ni por esas!

¡Ah! Por ti, por ti la pierdo.

Cede. Tu bondad invoco.

¡Cielos! No se casa el loco,

¡Y se ha de casar el cuerdo!

Marq. Ya mi palabra empeñé,

Y no he de hacer un desaire...

Conde. ¡Eh! Pasará por donaire.

No es artículo de fe.

Marq. Mas la hablaré de tu amor;

No puedo hacer más por ti;

Y si te prefiere á mí,

No tendrás competidor.

Conde. Basta. Si el amor me ayuda

(Dándole la mano.)

Y mi presagio no miente

Yo espero...

Marq. Vamos...

Conde. Detente.

Ya está aquí la hermosa viuda.

Ger. ¡Cielos!
Marq. ¡Elena!

(Elena cae desmayada en los brazos de don Gerardo : el marqués desaparece horrorizado : la sorpresa deja inmóviles al conde y á Victorina.)

ACTO TERCERO

Sigue la decoración del anterior. El teatro se va oscureciendo gradualmente.

ESCENA PRIMERA

ELENA, VICTORINA

Vict. Ahora que estás recobrada
De aquel repentino insulto,
¿Podré saber, niña mía,
La causa que lo produjo?
¿Cuáles son tus conexiones
Con el marqués? ¿Cómo pudo
Tal efecto obrar en ti
Su presencia? ¿Qué conjuro
Se esconde en tus bellos ojos,
Que al fijarlos en los suyos
Le hicistes huir de mi casa
Horrorizado y confuso?

Elena. Él es la causa, señora,
De todos mis infortunios.
Bien quisiera haber podido
Confiar solo al sepulcro
Mi desventurado amor,
Mas si ahora fuese mudo
Mi labio, de mi inocencia
Pudiera dudar el vulgo.
Tranquila y feliz vivía
Sin conocer el influjo
Del amor. Por desgracia
Me vió, señora, el perjuro
Don Gabriel. ¡Ah! Yo inexperta...

Vict. Él atrevido y astuto,
Tú sensible en demasía,
El galán hasta lo sumo,
Y el demonio que las carga...
En fin, engañarte supo.
¿No es esto? Sí; que nosotras
No cedemos al impulso
De una pasión. ¡imposible!
Ya se ve; somos de estuco.

Elena. ¡Señora!...
Vict. Contra su llanto

Y sus arteros discursos
Y sus falsos juramentos
No fué poderoso escudo
Tu virtud. El fementido
Huyó después; tú sin fruto
Le escribiste, le rogastes,
Y á falta de otro recurso
En pos del ingrato Eneas
Corriste por esos mundos.

Elena. Esa ironía cruel...

Vict. No te alteres : ya concluyo,
Tu buena estrella..., ó la mía,
Al fin te señala el rumbo
Del prófugo caballero.
Llegas á mí; yo te juzgo
Acreeedora á mi bondad;
Creo en tu llanto; no dudo
De tu aparente candor;
Te doy albergue; procuro
Consolarte; y tú entretanto
Preparabas con estudio
Una escena escandalosa
Con que sin duda tu orgullo
Quería humillar el mío.
Venciste. No te disputo
La joya; pero ¿á qué fin
Tener tu designio oculto
Exponiéndome al sonrojo
De presenciar...?

Elena. No. Yo os juro
Por mi vida que ignoraba...

Vict. Bien; será así. No te acuso.
Reclama, pues, tus derechos,
Si acaso tienes alguno,
Á la mano del marqués.
Haz alarde del triunfo;
Sé marquesa enhorabuena,
Que si más tiempo te arguyo
Pudieras creer acaso
Que de envidia me consumo.
Pero allá lejos de mí...

Elena. Perdonad si os interrumpo.
Vuestro decoro y el mío
Exigen de mí que al punto
Me aleje de vuestra casa;
Y no con semblante adusto
Necesitáis despedirme,
Que de estos umbrales huyo
Con más gozo que pesar.
Pero pues yo no os injurio,
Aunque sois funesta causa
De los tormentos que sufro,
No me exasperéis, señora;
No clavéis el dardo agudo
De vuestra sátira amarga
En un corazón que al yugo

¡Ah! No. Jamás. Lo juro. Antes mi pecho
Romperá tu puñal en mil pedazos;
Antes verás mi tumba que su lecho.

ESCENA III

DON GERARDO, ELENA

Ger. ¡Qué clamores!... ¡Elena!
¡Modera tu dolor!

Elena. ¡Oh! ¡Cómo el alma,
Ya quebrantada su fatal cadena,
Cobra gozosa la perdida calma!

Ger. No me oye..., no me mira...
¡Elena!

Elena. Yo pensaba, — necia he sido, —
Que amor con sus falaces ilusiones
De todas las pasiones
Era la más suave, la que inspira
Más dulces sensaciones.

¡Error! ¡Sueño! ¡Mentira!

¡Cuánto más dulce, cuánto más... la ira!
Ger. ¡Elena! — ¡Atroz delirio!

Por dicha nadie observa; más si alguno...
Elena. Pronto, pronto habrá fin mi atroz

[martirio.

Ger. Huye de aquí, infelice. No te expongas
Á desdicha mayor. ¿Por qué en tu daño,
Por qué cerrar los ojos
A la luz del acerbo desengaño?
¿No te basta saber que en menosprecio
De su jurada fe, de tu firmeza,
El perjuro que en lágrimas te inunda
Amante criminal de otra belleza
Su posesión anhela en vil coyunda?
¿Querrás también de escarnio vergonzoso
Servir á tu rival envanecida
Y á su cómplice odioso?
¡Ah! Vuelve por tu vida,
Elena, vuelve en ti...

Elena. ¿Quién sois? — ¡Oh cielo!
¡Vos! ¡Oh inmenso placer! Con cuanto

[anhelo

Os buscaban mis ojos!

Ger. De sorpresa...
Ni á hablar acierto. ¡Qué! ¿Será posible?...
¡Ah! Tal vez de tu mente el desvario...

Elena. ¿Me amáis?
Ger. ¡Y tú lo dudas! ¿En qué pecho
Fuego de amor ardió como en el mío?

Elena. Si vuestro amor es tanto;
Si aun es por dicha á vuestros ojos bella
Esta angustiada frente
Que la ignominia sella,
No ya, no ya mi boca
Que la culpable ingratitud movía

De viles pasiones nunca,
Nunca cedió. Yo renuncio
Á los sagrados derechos
Con que pudiera ante un justo
Magistrado confundir
Al traidor que me sedujo;
Mas no imaginéis, señora,
Que á mi desgracia sucumbo
Hasta el doloroso extremo
De sufrir vuestros insultos.

Vict. ¡Pues no faltaba otra cosa!
Á damas de alto coturno
Cual vos, señora marquesa,
Debe tratarse con mucho,
Con muchísimo respeto,
Así, pues, con el tributo
De cumplida reverencia
Á su señoría saludo,
Y la ruego que se marche
Antes de quince minutos.

ESCENA II

ELENA

¡Oh! Ya en mi corazón no hay sufrimiento.
Ya el dolor me fatiga y me sonroja.
No más, no más en triste abatimiento
Cubrir de amargas lágrimas mis ojos.
Pues no aplacan el llanto y la paciencia
De mi enemiga estrella los enojos.
Rencor, maledicencia,
Dulce afán de venganza
Que alimentáis de un triste la existencia
De hoy más sed mi consuelo y mi esperanza
¡Qué! Porque airado el cielo
Quiso hacerme mujer, yo envilecida,
Cual si tuviese corazón de hielo,
Sin murmurar mi labio
¿El peso he de sufrir de tanto agravio?
¿No sabré yo de cólera inflamada,
Como de amor un día,
Vengar la afrenta mía,
Vengarla, ó fenecer desesperada?
Traidor que á tal extremo
Reducés á tu víctima inocente;
Pérfido amante, jurador blasfemo
Que con tanta vileza correspondes
Al más cordial amor, al más ardiente,
¿Dónde, villano, á mi furor te escondes?
Ven, ven á hacer alarde
De tu bárbaro triunfo;
Ven, y consume tu maldad, ¡cobarde! —
¿Y triunfarás? ¿Y con infames lazos
Á otra mujer unido
Reirás de mi oprobio entre sus brazos?

Vuestra saña provoca.
 Á vos, sí, á vos tan sólo se reserva,
 Si la anheláis, mi mano. Esposa, amante...
 Aun es poco, señor. Humilde sierva
 En mí tendréis. Lo juro al Dios que adoro.

Ger. ¡ Ah, que á tanta ventura
 Sucumbe el corazón! ¿Es sueño vano?
 ¡ Yo dueño de tu angélica hermosura!
 ¡ Elena! En dulce lloro...
 De orgullo... y de placer mi rostro baño.
 ¡ Oh, Dios! Si de mi ardiente fantasía
 Fuese esta gloria lamentable engaño,
 Mano alevosa, impía.
 Con él destruya la existencia mía.

Elena. No; no os miente mi lengua,
 Ni cupo en mí jamás tan torpe mengua;
 Mas, no lo niego, inmenso sacrificio
 Tal vez me impongo ahora,
 Y en justo galardón un beneficio
 De vuestro amor implora
 Esta infeliz mujer.

Ger. ¡ Cielos! ¿Qué aguardas?
 Habla. Toda mi hacienda,
 Mi sangre toda venturosa ofrenda
 Será de tu beldad.

Elena. No alcéis, os ruego,
 No alcéis la voz. — Riquezas no ambiciono
 Ni sed de vuestra sangre me atosiga.
 Otra os pide mi encono;
 Vertedla, y mereced que yo bendiga
 Esa obediente mano vengadora.

Ger. Sí, vengada serás.
Elena. ¡ Alma traidora!
 El cielo al fin tus crímenes castiga. —
 Oid : aunque me ofende
 No culpo á mi rival. También es ella
 Blanco de la perfidia.

Pues expiró el amor, muera la envidia.
 Sólo al marqués alcanza
 El rayo matador de mi venganza.
 Romped su corazón vil, inhumano;
 Rompedlo sin clemencia,
 Ó jamás seréis dueño de mi mano.

Ger. ¡ Ah! Más que á tu despecho
 Grata será su muerte al odio mío.
 Parte. Bajo este techo
 Ya no puedes vivir. Parte...

Elena. ¿Y á dónde?
 ¡ Ay, triste! adonde iré...
Ger. Volver á Utrera
 Sería...

Elena. No; ¡ jamás!
Ger. Más grata fuera
 Á tu dolor inmenso la morada
 Do inocente respira
 Aquel fruto infeliz...

Elena. ¡ Oh, prenda amada!
 Si en mis brazos le viera...

Mas ¡ ay! vano deseo...

Ger. No. Su asilo
 Logró al fin penetrar mi vigilancia,
 Y prontos á servirme los pastores
 Que cuidan de su infancia...

Elena. ¡ Ah! ¿Qué tardáis? Guiadme...
Ger. ¿Y quién te venga?

No temas. Un amigo
 Tu conductor será. Ginés ahora
 Te llevará á su casa. Apenas brillen
 Los rayos de la aurora...
 Le escribiré. Un instante...

(Saca una cartera y escribe con lápiz en una hoja del libro de memorias.)

Un solo instante espera.
(Elena se sienta con muestras del mayor abatimiento.)

ESCENA IV

DON GERARDO, ELENA, GINÉS

Ger. ¡ Oh Dios! ¿Quién viene?
(Ginés trae luces.)

Ginés. Yo soy. Nada temáis. Aun la señora
 Allá en la retirada galería...

Ger. ¡ Ginés! Elena es mía.
(A media voz.)

Ginés. Os doy mi enhorabuena...
 Y el pésame al marqués.
Ger. ¡ Silencio! — Elena.

Elena. ¿Qué me queréis? Ya os sigo. No
 [dormía,

(Se levanta con lentitud y como enajenada.)
 No; pero en dulce calma
 Venturosa yacía,

Y de su asiento desprendida el alma
 Lentamente ¡ oh placer! desaparecía.

Ger. ¡ Elena!... ¡ Oh qué tormento!
 Conturbada otra vez su fantasía...

*(Mas si un solo momento
 Su partida retardo;...)*

Si vuelve mi rival y por desgracia
 La ve, habla...) *Ginés,* á ti la fio,
 Á tu constante celo, á tu eficacia.

Cerca vive don Juan. Allí segura
 Hasta rayar el día...

Esta carta le entrega.

Elena. No dormía,
 No; que enconado el cielo
 Me ha negado también este consuelo.

¡ Yo velaré llorando!
 ¡ Él dormirá tranquilo!

Ginés. Basta. Volando voy.

Ger. Elena mía,
 Sigue á Ginés...

Elena. Sí. *(Distraída.)*
Ger. Que á mejor asilo

Él te conducirá.
Ginés. Venid, señora.

(Tomando de la mano á Elena, que le sigue maquinalmente.)

Soy vuestro siervo fiel. *(Tiembla su mano.)*
Elena. Sí; apartadme de aquí. Gozosa

[os sigo.

Esa luz me atormenta,
 ¡ Esa luz que maldigo!
 ¡ Ah! ¿Qué mano cruel ha disipado
 La negra obscuridad que me halagaba?
 Huyamos, caro amigo,
 Allá donde la noche tenebrosa,
 Ya que no el centro de la tumba fría,
 Esconda al mundo la vergüenza mía.

ESCENA V

DON GERARDO

¡ Desventurada Elena!
 El dolor que la agobia
 Su razón, sus sentidos enajena.
 Mas luego que á sus ojos
 Desaparezca la mansión odiosa
 Testigo de su oprobio y amargura,
 Yo espero que la paz y la alegría
 De nuevo brillen en su frente hermosa.
 ¡ Oh gozo! Ya su pecho no sojuzga
 La imagen de un rival aborrecido.
 La sangrienta venganza
 Sólo se anida en él. Cierto es mi triunfo.
 Mi corazón recobra la esperanza.

ESCENA VI

VICTORINA, DON GERARDO

Vict. ¿Fuése ya la miserable
 Que criminal ó inocente
 Tan mal día nos ha dado?

Ger. Sí, señora.
Vict. Al cielo plegue

Darla mil felicidades
 Con tal que de mí se aleje.

Quizá con poca razón
 Dije á la infeliz mil pestes;

Mas no pude contener
 Mi saña. ¿Y quién la contiene

Después de un sonrojo...? No;

No es ella, sea quien fuere,
 Que no cuido de saberlo,
 La que mi enojo merece,
 Sino el traidor... ¡ Qué cabeza
 Me ha dado Dios! ¿Á qué vienen
 Estas serias reflexiones,
 Y elegir por confidente...

¿Á quién? ¡ á un recién venido
 Lacayo! Pues como pruebe
 Tan bien como la doncella,
 Me luzco seguramente.)

Ger. ¿Mandáis algo?
Vict. Sí; quería

Que... Primero es que me acuerde. —

¡ Ah! Sí; un palco de platea
 Para la ópera. ¿Entiendes?
 Sobra tiempo. Al mayordomo
 Le pedirás lo que cueste.

Ger. Está bien.
Vict. Voy un momento

A mi tocador. Si viene
 Entretanto el señor conde,

Que me avisen y se espere.
(Por fin si un novio me planta,

Hay otro que le releve.)

ESCENA VII

DON GERARDO

¡ Oh qué frívola señora!
 ¿Y quiere mi negra suerte
 Que yo sufra?...
(Toca la campanilla.)

Si no hay otro
 Que vaya por el billete
 Se queda sin él. — ¡ Ah! Bien.

(Llega un lacayo, oye el recado que figura darle en voz baja don Gerardo, y vase.)

Demos el encargo á éste. —
 Ya tarda Ginés. Yo tiemblo.
 Si algún funesto accidente...

¡ Y he podido ya apartarme
 De mi Elena!... Mas conviene
 Á mi designio y al suyo
 Que ninguno aquí sospeche
 La menor inteligencia

Entre los dos. — Será breve
 Nuestra ausencia, prenda hermosa.

Y aunque mil vidas arriesgue...

ESCENA VIII

DON GERARDO, GINÉS

Ger. ¡ Ah! Ven; dime...

Ginés. ¿Estamos solos?

Ger. Solos; sí. Nada receles,
¿Qué es de Elena?

Ginés. Ya está en casa

De don Juan. ¡ Ah! Me conmueve

Su estado. Será un prodigio

Si la cabeza no pierde.

¡Bala yo consolando

Por la calle como debe

Quien de cristiano se precia;

Pero ella sin responderme

Se dejaba conducir.

Llegamos: piadoso huésped

Don Juan la recibe, y ella

Á sus palabras corteses,

Ó sin concierto responde

Ó suspirando enmudece.

La esposa de vuestro amigo

La persuade á que se acueste,

Y á tantas penas rendida

Por fin logramos que cierre

Tranquilo sueño sus ojos.

Ger. ¡ Ah! Dios haga que despierte

Más venturosa.

Ginés. « ¡ Venganza,

Venganza de un hombre aleve. »

Son los últimos acentos

Que con voz trémula y débil

Pronunció la desdichada.

Ger. Sí; no brillará dos veces

La luz del sol, cara Elena,

Sin que mi mano se cebe

En la sangre de un rival

Aborrecido.

Ginés. ¡ Una muerte!

¡ Qué horror! — ¡ Ah! Mejor sería

Que esa pasión vehemente

Sofocarais y tranquilo...

Ger. ¡ Miserable! ¿Qué te atreves

Á decirme? Tanta ofensa,

Tantos amargos desdenes

No pudieron de mi amor

Entibiar la llama ardiente;

Y ahora que dulce esperanza

La paz perdida me vuelve,

Ahora que al término llego

De tanto afán; ¿pretendes

Que aquella imagen hermosa

De mi corazón destierre?

Ginés. Perdonadme. Yo quería...

Como soy naturalmente

Compasivo... Mas ya veo

Que si el marqués no fenece

No conseguiréis la mano

De esa sobrina rebelde,

Y de dolor moriréis;

Y así, pues el hado quiere

Que uno muera de los dos,

Sea el marqués por quien recen

Estos labios pecadores;

No al amo que me mantiene.

Ger. ¿Qué tardo, pues, en retarlo

Y que mi pecho atraviese

Ó muerto caiga á mis pies?

Ginés. ¿Qué vais á hacer, imprudente?

Teneos! En tales lances

¡ No es el valor el que vence,

Sino la destreza. Vos

Ni la espada ni el florete

Manejáis, que entre barbechos

Tales artes no se aprenden:

El es práctico en las armas;

¿Correréis á ofrecerle

Vuestra sangre en galardón

De los tormentos crueles

Que os ha causado? ¿Queréis

Sacrificarle el deleite

Del amor, de la venganza?

¿Pondréis en riesgo inminente

Hasta la vida de Elena

Por obedecer las leyes

De un pundonor temerario

Que ese infame no merece?

¿Guardólas él por ventura

Cuando estando vos ausente

Sedujo á vuestra sobrina,

Y desterró para siempre

La paz de vuestros hogares,

Y sonrojó vuestra frente,

Y mancilló...?

Ger. Basta. El odio

Que dentro de mi alma hierva

Al escuchar tus palabras

En rabia atroz se convierte.

No muera cual caballero

Quien como villano ofende,

Quien osó... ¿Quieres en fin

Que mi flaqueza confiese?

La eterna paz de la tumba

Ayer ansiaba demente;

Hoy que espero convertir

En dichosos parabienes

Tantos días de amargura,

Horror me inspira la muerte. —

Mas... ¿podré manchar mi mano?...

Ginés. No. Manos habrá que os venguen

Sin que aventuréis...

Ger. ¡ Silencio!

(Viendo venir al criado de la escena anterior.)

¿La platea? Dame.

(Tomando el billete que trae el criado.)

Vete. (Vase el criado.)

¿Y dónde hallar quien se atreva...?

Ginés. ¡ Aunque fuera el ave Fénix!

Habiendo oro...

Ger. Cuanto pidan.

Ginés. Ayer al pasar el puente

Me encontré con cierto amigo

Que conoce mucho á un jefe

De bandidos que en Triana

Las más de las noches duerme.

No bien supe que tenía

Conexiones de esta especie,

Afeando su conducta

Juré no hablarle ni verle...

Ger. ¡ Oh qué necia hipocresía!

Al caso. El tiempo se pierde.

Ginés. Mas, si queréis, por su medio...

Ger. Sí; pronto. ¿Á qué te detienes?

Ginés. No os inquietéis, y escuchadme.

Lo primero es no exponerse

Y asegurar bien el golpe.

Tal vez á darlo se niegue

Dentro de la población

Ese bandido, si teme

Ser descubierto. En el campo,

Rodeado de su gente...

Ger. Acaba.

Ginés. Al rayar el día...;

Antes, si preciso fuere,

Se pone Elena en camino,

Porque esto es lo más urgente.

Ger. Bien.

Ginés. Ya sabéis dónde vive

Don Gabriel.

Ger. Sí.

Ginés. Vais á verle;

Y, puesto que no os conoce,

Fingís que sois un sirviente

De la sobrina, ó del tío

Si más bien os pareciere.

Haciendo del fiel ladrón

Le juráis que está inocente.

Su sobresalto, su fuga

Prueban que en su pecho aún tiene

Demasiado imperio Elena.

Para mejor convencerle,

De las pasadas intrigas

Le hacéis también confidente,

Echándome á mí la culpa...

Y á vos mismo si conviene.

Le reveláis la partida

De Elena al humilde albergue

Donde él mismo tiene oculto

Á su hijo; se enternece;

Á la piedad y al honor

Se une la voz elocuente

De la sangre; instáis; la sigue;

Los ladrones le sorprenden...

Ger. No más. Te entiendo.

Ginés. (¡ Yo sudo!)

No tardéis. Como un cohete

Yo vuelvo ahora mismo en busca

Del bandido; le hablo; viene;

Os ponéis de acuerdo...

Ger. Espera. —

¿Qué traes?

(Á un criado que llega.)

Criado. Este billete

Del marqués de Rivaparda.

(Don Gerardo y Ginés se miran con inquietud.)

Ginés. Lo leerá inmediatamente

(Tomándolo.)

El ama. ¿Esperan respuesta?

Criado. Sí.

Ginés. Bien. (Vase el criado.)

Abrámoslo. Aun tiene

Fresca la oblea. (Abre el billete.)

Ger. ¿Qué has hecho?

Ginés. ¿Qué importa culpa tan leve

Cuando...? Leed.

Ger. Cuatro renglones.

(Lee rápidamente el papel, y vuelve á pegar la oblea.)

Ver á la viuda pretende.

Ginés. Muy bien. Os ahorra un viaje

Si le recibe. — Alguien viene.

Separémosnos...

Ger. Sí; anda.

Ya te sigo. No te alejes.

ESCENA IX

DON GERARDO, EL CONDE

Conde. ¡ Calle! ¿Sois vos el lacayo

Hipocondríaco y adusto...?

Ger. Yo soy...

Conde. Bien. Hacedme el gusto

De avisar... (El tal desmayo...;

La escapada repentina

Del marqués... Vaya; increíble

Parece...) ¿No está visible

La preciosa Victorina?

Ger. Pasaré recado.

Conde. Sí.

Ger. Tomad, si gustáis, asiento

Y esperaos un momento,

Voy... Ya la tenéis aquí.

ESCENA X

EL CONDE, VICTORINA
DON GERARDO

Conde. Señora...

Vict. ¿Tengo platea?

Ger. Tomad.

(Le da el billete que trajo el criado.)

Vict. Conde, bien venido.

Ger. Esta esquila que ha traído...

Vict. Venga. (La abre.)

¿Permitís que lea?

Conde. Sois muy dueña...

Vict. ¡Es del marqués!

Conde. ¿Qué oigo! ¿Tendrá la insolencia
Tal vez...?

Vict. Me pide licencia

Para ponerse á mis pies.

Conde. ¿Y vos?...

Vict. Supuesto que espera

Mi respuesta el portador,

Decidle que su señor

Puede venir cuando quiera.

ESCENA XI

VICTORINA, EL CONDE

Conde. ¿Con un hombre que os burló
Sois tan complaciente ahora?

¿Perdéis el juicio, señora?

¿Vos recibís...?

Vict. ¿Por qué no?

Picada me juzgará

Si yo á verle me negara.

Cuando él no esconde la cara

¿Queréis que oculte la mía?

Venga muy en hora buena,

Que sin susto le veré,

Y no me desmayaré

Cual su interesante Elena.

Venga : no sería tan necio

Que volver quiera á mi gracia.

Si tanta fuera su audacia

Mayor será mi desprecio.

Quizá espera verme absorta,

Triste, abatida... ¡Qué error!

Conde. Mas..., no extrañéis mi temor,
Su visita...

Vict. Será corta.

Conde. Él, antes de aquella escena,

Feliz para mí quizá,

Me contó de pe á pa

La biografía de Elena.

Díjome que le engañó

Que le causó mil pesares,
Que después de sus hogares
Huyó la tal. — ¿Qué sé yo?
Que ya no pensaba en ella,
Que en paz y en gracia de Dios
Iba á casarse con vos
Y bendecía su estrella;

Pero como ya sabía

Que por vos yo estaba ciego

Vuestra mano desde luego

Sin violencia me cedía.

Mas que esto había de ser

Si á la novia acomodaba;

Que si no, resuelto estaba

Á que fuérais su mujer.

Su probidad es notoria;

Lo confieso aunque rival,

Su conducta fué leal,

Sólo aquella escapatoria...

En fin, es amigo mío,

Y otro no tengo más fiel;

Mas si estáis quejosa de él,

Hoy mismo le desafío.

Ó moriré en la palestra

Ó veréis qué pronto os vengo;

Que injusta ó recta no tengo

Más voluntad que la vuestra.

Por casarse con mi bien

Quise matarle, señora;

Y por no casarse ahora

Iré á matarle también

Vict. ¿Matarle? ¡Pobre señor!

No le quiero yo tan mal,

Ni ha sido tan criminal

Que merezca ese rigor.

¡Oh! Ni es conveniencia mía;

Porque él pudiera vencer,

Y es fuerte cosa perder

Dos amantes en un día,

Conde. ¡Cuál me halaga ese temor!

Luego ¿renace en tu pecho...?

Vict. Mira no sea despecho

Lo que te parece amor.

Conde. No; que tu boca divina,

Que me dió tantos ojos...

Grata sonrle, y tus ojos...

¡Ah! Tú me amas, Victorina.

Vict. Sí, mi celoso; y en vano

Te lo quisiera negar.

Conde. ¡Oh dicha! ¡Un cura! ¡Un altar!

Vict. ¿Estás loco?

Conde. He aquí la mano.

Vict. Aun es mayor mi impaciencia

Que la tuya puede ser.

Conde. ¡Qué escucho! Á tanto placer

Ya no basta mi existencia.

¿Tú?...

Vict. No á mis palabras des

Interpretación violenta.
Borrar deseo la afrenta
Que hacerme quiso el marqués.
Me compromete, me humilla
La conducta de ese hombre.
Temo que sea mi nombre
La fábula de Sevilla.
Sí; que el pueblo es el demonio,
Y mil sátiras presagio,
Si no acudo en el naufragio
Al puerto del matrimonio. —
Tal vez mis temores fundo
En vana aprensión...

Conde. Sin duda.

Vict. Mas si me quedase viuda

¿Qué diría de mí el mundo?

Soy celosa de mi fama,

Y en lance tan singular

¿Quién osaría culpar

El orgullo de una dama?

Así con gozo mayor,

Conde, mi dueña te hago,

Pues á un tiempo satisfago

Mi vanidad y mi amor.

Conde. ¡Ah! Mi regocijo extremo

Deja que muestre á tus pies.

Vict. No. En mis brazos.

Ger. El marqués.

(A la puerta.)

Vict. Que entre. (Retrase don Gerardo.)

Conde. Sí. Ya no le temo.

ESCENA XII

VICTORINA, EL MARQUÉS, EL CONDE

Marq. Sé que no es muy fácil, señora,
Mi conducta disculpar...

Vict. ¿Por qué os queréis molestar?

Yo os absuelvo desde ahora.

Marq. Al ver aquella mujer

Yo no fui dueño de mí.

Mi sorpresa mi horror...

Vict. Sí

Marq. Me hicieron...

Vict. ¿Cómo ha de ser!

Marq. Faltar...

Vict. Os volvésteis loco:

¿No es verdad? Bien dije yo...

Marq. Fui desatento...

Vict. ¿Qué! No.

Lo que es ridículo... Un poco.

Marq. Hubo un tiempo, de memoria

Harto aciaga para mí,

En que ciego amante fuí

De Elena...

Vict. Sé ya su historia.

Marq. Mas ya la había olvidado...

Vict. Y ella, que os iba al alcance,

Se presenta... ¡Vaya un lance!

Se lo doy al más pintado.

Marq. No dudéis que mi ternura

Por siempre en odio mortal

Convertida...

Vict. Hacéis muy mal,

Que es preciosa criatura.

Marq. Señora, esta explicación

Os molesta; bien lo veo,

Mas obligado me creo

Á daros satisfacción...

Vict. Aunque yo no os la he pedido,

Por satisfecha me doy.

Libre quedáis; libre soy.

Es negocio concluido.

Marq. Vuestra mano no merezco,

Mas si huí...

Vict. Nada de encono.

¿Fué desaire? Lo perdono.

¿Fué locura?

(Mira con ternura al conde.)

Os lo agradezco.

Marq. Basta. Esa tierna mirada,

Tan conforme á mi deseo,

Es para mí, á lo que veo,

La señal de retirada.

Vict. Nada de eso. Á cualquier hora

(Toca la campanilla.)

Vuestra es mi casa; de noche,
de día...

Marq. Gracias...

Vict. El coche.

(Á Ginés, que llega.)

Marq. Beso á usted los pies, señora.

ESCENA XIII

EL CONDE, VICTORINA

Vict. ¿Qué tal? ¿No aplaudes mi calma?

Conde. Y tu gracia sin ejemplo.

¿Qué dichoso me contemplo

Reinando solo en tu alma?

Vict. Ahora al teatro conmigo

Vendrás, pues tengo platea,

Y la aristocracia vea

Que no me falta un amigo.

Conde. Sí; y un amante sincero.

Mas ¿cuando unidos los dos?...

(Ginés aparece por el foro.)

Vict. Pronto.

Conde. ¡Sí, hermosa, por Dios!
¡Pronto; que sino me muero!

ESGENA XIV

GINÉS

(Desde la puerta mirando adentro.)
¡Mal haya tanto charlar! —
Ya se van. ¡Gracias á Dios!
Ya somos amos de casa,
Y podremos sin temor
Conferenciar... Mucha flemma
Gasta el compadre Rejón. —
No es extraño. Le dejé
Vistiéndose de señor,
Difraz que ha adoptado, á fin
De no llamar la atención;
Y aunque no es hombre de estarse
Consultando al tocador
Mucho tiempo... Abren la puerta...
Él es...; el mismo. — Aquí estoy,
Señor don Jorge. Adelante.

ESCENA XV

GINÉS, REJÓN

Ginés. Solos estamos los dos.
Salió el amo...
Rejón. He visto el coche.
Ginés. No temas
Rejón. ¡Temer! ¿Quién? ¡Yo,
Que fui diez años sargento,
Y aunque ahora bandido soy
Por mi desgracia...! Eso, tú,
Que siempre has sido collón.
Pero...
Ginés. El mayordomo es nuestro.
Rejón. ¿Sabe que vengo...?
Ginés. Eso no.
Sólo sabe lo preciso.
Rejón. Bien.
Ginés. Y está en obligación
De complacer á mi amo.
No hay ningún riesgo.
Rejón. Mejor.
Ginés. Si temes que yo te venda...
Rejón. No; que si fueras soplón
Yo también sabría entonces
Sacar tus trapos al sol.
Ya sabes que no podemos
Ser enemigos los dos.
Ginés. ¿Mis trapos? ¡Eh! Niñerías.

Ya hace tres años que soy
El hombre más timorato...
Vamos, un santo varón.
Rejón. Sí; bien tuviste osadía
Para ser estafador
Y miserable tahir
Como un tiempo lo fui yo :
Mas cuando empresas mayores
Te propuso mi valor
No fuiste hombre...
Ginés. Siempre tuve
Pacífica condición.
Allá en mis años primeros
Estudié...
Rejón. ¡Sí; gran doctor!
Pero ¿dónde está tu amo?
Ginés. Detrás del *quidam* salió
Que, como sabes, mañana
Será...
Rejón. ¡Tanta dilación
Para nada!
Ginés. Ten paciencia.
Rejón. Si tarde mucho, me voy.
Ginés. Espera...
Rejón. Espere el canalla
Que se sujeta al baldón
De ganar un vil salario.
Ginés. ¡Oh! Soy administrador,
Secretario y mayordomo
De un ricachón... solterón.
Le inspiro gran confianza,
Y las cuentas que le doy
Nunca mira. No me cambio
Por el mismo emperador
De Marruecos. Ya tengo hecha
Mi pacotilla...
Rejón. ¡Ladrón!
Ginés. Con ella y un pasaporte
Que la industria me adquirió,
Yo, que no soy tonto y veo
Que corre á su perdición,
Mañana tomo soleta,
Y adivina quién te dió. —
Pero, hablando de otra cosa...
(Démosle conversación
Para entretenerle.) ¿Sabes
Que pareces un milord?
Rejón. ¿De veras?
Ginés. ¿Qué diablo al verte
Reconoce á un saltador
De caminos?
Rejón. ¿Y qué diablo
Bajo ese tono de voz
Tan meloso, y esa cara
De novicio en procesión
Descubre al mayor tunante
Que madre humana parió?
¿Quién...?

Ginés. ¡Silencio! Siento pasos...
Iré á ver... Es mi señor.

ESCENA XVI

DON GERARDO, GINÉS, REJÓN

Ginés. ¿Le hablasteis?
Ger. Le hablé.
Ginés. ¿Ha caído
En nuestro lazo?
Ger. Cayó.
Ginés. ¿Reconoce la inocencia
De Elena?
Ger. Sí.
Ginés. ¿Y el amor
Renace en él?...
Ger. Demasiado.
Ginés. El caballero Rejón.
(Presentándole.)
Ger. Bien.
Ginés. ¿Se dispone á seguirla?
Ger. Al nacer el nuevo sol,
Pues antes que el alba rompa
Saldrá Elena. — Oídme vos.
¿Estáis dispuesto á servir
De instrumento á mi rencor?
Rejón. ¿Estáis dispuesto á pagarme
Bien y como hombre de pro?
Ger. ¿Cuánto?
Rejón. Una muerte alevosa
Ya veis que es crimen feroz.
Ger. No perdáis tiempo
Rejón. ¿Quién es
Blanco de vuestro rigor?
Ger. El marqués de Rivaparda.
Rejón. ¿Marqués, nada menos? ¡Oh!
Por su cuna y su dinero
Gozará de alto favor.
¿Quién no le querrá vengar?
¿Qué escribano no sirvió
De rodillas á un marqués?
Si fuera algún probretón...
Ger. Acabad.
Rejón. Doscientas onzas.
Ger. Se os darán.
Rejón. La mitad hoy,
Y la otra mitad mañana
En el campo del honor,
Si queréis satisfaceros
Viendo el cadáver; si no,
Con enviar un criado...
Ger. No. Verle quiero.
Rejón. Mejor.
¿Adónde el viaje?
Ginés. Á un cortijo.

Que dista de Écija dos
Á tres leguas. Á la izquierda
De la Luisiana...
Rejón. Ya estoy.
Sobre un collado...
Ginés. Cabal.
Rejón. Á palmos conozco yo
Aquel terreno. Esta noche
Vuelo á tomar posición
Con mi cuadrilla. — ¡Ea! Venga
Esa mano ¡voto á bríos!
(Toma la mano á don Gerardo y se la
aprieta. Don Gerardo muestra inquietud
y terror.)
Esta otra para el dinero.
Ger. Venid á tomarlo.
Rejón. Voy.
Ginés. (¡ Doscientas onzas!)
Rejón. ¿Tembláis?
El hombre ha de ser atroz.

ACTO CUARTO

Fragoso despoblado entre la Luisiana y Écija, inme-
diato al camino real de Madrid á Cádiz, que se su-
pone estar á la izquierda del actor y que lo cubren
los árboles y la maleza. En la misma dirección,
hacia la cual y también hacia el foro se eleva con
desigualdad el terreno, aparecen dos ladrones en
actitud de estar prontos á acometer á los caminan-
tes. Rejón, Tormenta y Pancho en el tablado. Los
demás ladrones de la cuadrilla se supone que están
colocados al otro lado del camino.

ESCENA PRIMERA

REJÓN, TORMENTA, PANCHO,
LADRONES

Pancho. ¡Por Dios que es mucho el afán
De este oficio aperreado!
¿Vela más ningún soldado?
¿Suda más un ganapán?
Te juro, mi capitán,
Que á veces envidia yo
Al que cobarde nació,
Y tanto á aburrirme llevo
Que en cuerpo y alma reniego
Del padre que me engendró.
Rejón. Si temes, pide el indulto
Y huye...
Pancho. Si otro que no fuera

Mi capitán se atreviera
 Á decirme tal insulto...
 ¿Me has visto esconder el bulto
 En ningún riesgo?

Rejón. Jamás.

Pancho. Ni esconderlo me verás.
 Mas yo no soy lisonjero.
 La vida de un bandolero
 Es vida de Barrabás.

Rejón. Pero...

Pancho. Roba á su placer
 Con su plata un usurero,
 Con sus trampas un fullero,
 Con su vara un mercader;
 Roba una hermosa mujer
 Con fingidas convulsiones;
 Roban los viles soplones;
 Roba un sastre aun más que miente;
 ¡Y á nosotros solamente

Nos llama el mundo ladrones!

Torm. Diga el mundo lo que quiera
 Pues no vivimos en él.

Pancho. ¿Y no es destino cruel
 Convertirse un hombre en fiera?

¿Á quién, di, no desespera,
 Si no tiene alma de leño,

No ver un rostro halagüeño,
 No inspirar á nadie amor
 Y no vivir sin temor
 Ni aun en los brazos del sueño?

Torm. Si te desvelas mohino
 Temiendo dar en el gancho,
 Bébetes una azumbre, Pancho,
 Y ahoga el pesar en vino.

Pancho. Contra mi perro destino,
 Tormenta, ¿no he de clamar,
 Si me prohíbe agrandar
 Á las mujeres y fiel...?

Torm. ¿Qué importa ¡voto á Luzbel!
 Como las puedas comprar?

En este mundo embustero
 ¿Cuántos mejores que tú
 Espantarán como el bú
 Si no tuviesen dinero?

¿Qué ha de hacer un bandolero
 Del amor y sus perfiles?
 Filigranas tan sutiles

En mi reino no entrarán;
 No; que harta guerra me dan
 Escribanos y alguaciles.

Pancho. Te confieso que es afrenta
 Tal locura en un bandido,
 Pero soy hombre perdido
 En viendo faldas, Tormenta.

Rejón. Callad, que ya me impacienta
 Conversación tan extraña.
 Con la codicia y la saña
 Se aviene mal el amor.

¿No nos basta el alto honor
 De escandalizar á España?

Torm. ¿Qué sabes tú si te espera
 Mejor suerte?...
Pancho. ¿Á mí? Bien sé

De qué modo acabaré
 Mi maldecida carrera.
 Si ahí en esa carretera
 No me sacan el redaño,
 Sentado en el vil escaño
 Daré al pueblo una función
 Y mi cabeza á un sayón.

Rejón. ¿Y qué? Tal día hará un año. —
 Mas las cuatro van á dar.

Y aun no parece mi muerto.

Pancho. Hoy casi ha estado desierto
 El camino.

Rejón. ¡Es buen tardar!

Pancho. Poco ha habido que robar.

Rejón. Mejor para tu conciencia.

(*Los ladrones apostados desaparecen por
 la izquierda.*)

Torm. ¡Un carruaje!

(*Los tres se dirigen hacia su izquierda
 preparando los trabucos.*)

Rejón. ¿Habrá pendencia?

Torm. ¿Y quién ha de ser el majo?...
Lad. 1.º ¡Alto ahí, perro! (*Dentro.*)

Voces. ¡Abajo! ¡Abajo! (*Dentro.*)

Rejón. Bien. No han hecho resistencia.

(*Volviendo al proscenio con Tormenta.*)

ESCENA II

REJON, TORMENTA

Torm. Una dama y un galán
 Con trazas de hombre menguado.
 No haremos mucho mercado.
Rejón. Marido y mujer serán.

ESCENA III

REJÓN, TORMENTA, PANCHO,
 LADRONES, ELENA, UN CRIADO

(*Elena viene conducida de la mano por
 Pancho: el criado la precede y entrega
 una esquila á Rejón. Elena sigue como
 maquinalmente á su conductor. Su vago
 mirar, su palidez, el estupor que á veces
 la hará parecer tan insensible como el
 mármol, y su silencio, interrumpido
 únicamente por algún profundo suspiro,*

*manifestarán el estado de enajenación
 mental en que se halla.)*

Pancho. ¡Buena presa, capitán!

Rejón. ¡Esquila á mí! ¿Qué aventura?...
 (*Lee para sí.*)

Pancho. No te asustes, criatura.
 (*Sin desasirla.*)

Ánimo; que nadie intenta
 Matarte. — ¿Has visto, Tormenta,
 Más peregrina hermosura?
Rejón. Es la consabida Elena.
 (*Á Tormenta.*)

Torm. Vive el cielo que es bonita.

Rejón. Nada temáis, señorita.

(*Su situación me da pena.*)

Pancho. ¡Ay cintura macarena!

¡Ay boca!... Ven; que no mancho.

¡Bien haya la madre...!

Rejón. ¡Pancho!

(*Mirando á Pancho con ira.*)

Pancho. (Ya mi pecho es un volcán.)

Guardémosla, capitán,

Para que nos haga el rancho.

Rejón. ¡Insolente!...

Pancho. ¡Si es tan bella!...

¡Si esos ojos hechiceros...!

Vendédmela compañeros.

Veinte onzas os doy por ella.

Rejón. Aparta. (*Poniéndose en medio.*)

Pancho. Linda doncella.

Dame siquiera un abrazo

Y verás qué dulce lazo...

Rejón. Vil, si á mirarla te atreves,
 (*Echándose el trabuco á la cara y ponién-
 dose delante de Elena.*)

Si de ese lugar te mueves,

Te tumbo de un trabucazo.

Pancho. ¡Por San Juan!...

Torm. Calla, salvaje.

Pancho. ¡Hum!... Callo...
 (*Con despecho.*)

Torm. Ó llega tu hora.

Rejón. Venid. Yo mismo, señora,

Os conduciré al carruaje.

ESCENA IV

TORMENTA, PANCHO

Pancho. Bramando estoy de coraje.

Torm. En vencerse está la palma.

Pancho. ¡En vencerse!

Torm. Nuestra calma

Te da ejemplo.

Pancho. ¡Vive Dios!...

¡Y tan hermosa!...

Tenéis de guijarro el alma.

Torm. De carne somos también.

Pancho. Sin halagar los sentidos

¿De qué sirve ser bandidos?

Seamos hombres de bien.

Torm. ¡Qué necio!

Pancho. ¿Dónde se ven

Ladrones tan cortesanos?

Torm. Matar, robar á dos manos

Te permiten: ¿Qué más quieres?

Deshonrar á las mujeres...

¡Eso no! Somos cristianos.

ESCENA V

REJÓN, TORMENTA, PANCHO,
 LADRONES

Rejón. ¡Pobre muchacha! No habla

Y sus miradas errantes,

Su palidez... Ó está loca,

Ó el susto que ese bergante

Le ha causado... ¡Eh! Ya se fué.

La Magdalena la ampare.)

Otra vez, Pancho, ó demonio,

Guárdate de propasarte...

Pancho. Quedo enterado. Ya sé

Que he de vivir como un fraile.

¡Maldita sea mi estampa!

Rejón. Ó no he ser yo quien mande,

Ó ha de morir hecho trizas

El que mis leyes quebrante.

Torm. Pasajeros.

(*Rejón y los demás ladrones verifican el
 mismo movimiento que en la escena pri-
 mera.*)

Lad. 1.º ¡Alto!

Una voz. ¡Para!

Cas. ¡Ay!

Lad. 2.º ¡Silencio!

Cas. ¡Virgen madre!

Tadeo. ¡Por Dios!

Lad. 2º ¡Abajo!

Rejón. No es gente

(*Mirando adentro y volviendo en seguida á
 la escena con Tormenta y Pancho.*)

De armas tomar. Adelante.

Torm. Como ellos traigan dinero...

Pancho. Lo que es aquel badulaque,

Poco...

Cas. ¡Piedad! (*Dentro.*)

Torm. ¡Una dama!